

**MEMORIAS DE LA LEVA
EL POEMA GAUCHESCO PREHERNANDIANO
DEL SOLDADO JOSE RIVAS**

ALEJANDRO A. DAMIANOVICH
alejandrodamianovich@hotmail.com
Academia Nacional de la Historia
Universidad Católica de Santa Fe
Argentina

Resumen:

Se trata de realizar la primera presentación de un documento que ha permanecido oculto por un siglo y medio y que tiene el doble carácter de memoria histórica y poema gauchesco. Escrito por José Rivas, paisano del sur santafesino, presuntamente en la década de 1850, el texto va hilvanando en versos octosílabos los recuerdos de la vida de soldado en la guerra contra Rosas. Conservado en la intimidad de sus descendientes, el cuaderno que contiene los versos de Rivas, encierra, como en el *Martín Fierro*, el drama del criollo enrolado por medio de la leva. Conforme a las consideraciones que se exponen en la monografía que aquí se presenta, el poema aparece como un exponente de la poesía gauchesca prehernandiana, a la vez que mantiene las características formales de la poesía tradicional. Es también un raro ejemplar autobiográfico, producido por un protagonista menor que quiere conservar la memoria de su generación. Su voz aparece como un testimonio solitario desde el centro de la tropa y se constituye como una fuente que, seguramente, ha de sumar elementos de análisis para la historia antropológica y para el estudio de la mentalidad del paisano de su tiempo, del hombre común arrastrado por el fragor de las guerras civiles.

Palabras clave: memoria, poesía gauchesca, poesía tradicional, gaucho, paisano, leva, soldado, guerras civiles.

Abstract:

It is intended to do a presentation of a document that has been hidden for more than a century and that has got a double nature of historical memory and "gaucho" poem. Written by Jose Rivas, a countryman from south Santa Fe, allegedly in the 1850's, the text narrates through eight-syllable verses the memories of the soldier life in the war against Rosas. Conserving its descendants' intimacy, this book that contains Rivas's verses, includes, as in "Martin Fierro", the creole's drama enrolled

through the cam. The poem is a prehernandian gaucho poetry exponent, keeping the formal characteristics of the traditional poetry. It is also an odd autobiographical copy produced by a minor protagonist who wants to preserve his generation's memory. His narration may represent a lonely statement written by someone from inside the troop and it builds a source that will surely add more elements of analysis for the history of anthropology and will also help to analyse the countryman thoughts of that time, the ordinary man swept away by the clash of the civil wars.

Keywords: memory, gaucho poetry, traditional poetry, gaucho, countryman, cam, soldier, civil wars.

INTRODUCCIÓN

Pocos son los testimonios que reflejan el punto de vista del hombre común de la Argentina del siglo XIX ante los procesos históricos en los que se vio arrastrado. Un registro de particular interés sobre este asunto está contenido en los versos de un soldado ignorado de las guerras civiles argentinas de la época de Rosas, de cuyos originales soy depositario desde hace treinta y cinco años¹.

Durante décadas, los historiadores se han ocupado de los procesos sociales y económicos de la historia, privilegiando el estudio de las estructuras por sobre los acontecimientos, los procesos anónimos por sobre las acciones humanas, la economía por sobre las mentalidades. La crisis epistemológica de las ciencias sociales y de la historiografía, tras el desgaste del materialismo histórico y del estructuralismo, han llevado a los historiadores a colocar nuevamente al hombre en el centro de la historia y a reivindicarlo como actor, en una nueva revalorización del sujeto. Nada indica que este enfoque pueda arrojar al desván los aportes del anterior y, de hecho, las tendencias más actuales apuntan hacia una síntesis entre ambos. Pero lo cierto es que se ha recuperado

¹ El manuscrito que contiene las Memorias de José Rivas, me fue obsequiado por su nieto, el historiador santafesino Marcos P. Rivas hacia 1976, con la condición de que no lo diera a publicidad hasta que él falleciera. La razón de esta curiosa exigencia se explica por las simpatías que en el profesor Rivas –destacado exponente del revisionismo histórico en la provincia– inspiraba la figura de Juan Manuel de Rosas, contra quien su abuelo había combatido. El gesto generoso del profesor Rivas y la consideración dirigida a mi persona merecen mi más profundo agradecimiento. Igualmente, quiero expresar mi reconocimiento a Miguel Ángel De Marco, primer lector de una versión inicial de este trabajo que presenté a su consideración en el Seminario “Las letras y las armas”, que estuvo a su cargo en el año 2006 en los cursos de Doctorado en Historia de la Universidad del Salvador (Buenos Aires).

el enfoque humanístico de la historia y se ha revalorizado el relato como un lenguaje propio del historiador, más allá de que sigamos apuntando también a la conceptualización y a la teoría.

Por ello se ha retornado a los estudios biográficos, al poner la mirada en la acción que los hombres ejercen sobre las estructuras dominantes, o simplemente para saber cómo los individuos viven y se defienden dentro de esas estructuras. Pero a diferencia de otras épocas, en que solo interesaban las vidas sobresalientes de hombres y mujeres notables, ahora interesan también la vida y el testimonio de los seres comunes, en tanto son representativos de las experiencias vitales de quienes sufrieron las recurrentes catástrofes o disfrutaron las bonanzas de cada época.

En este trabajo, me propongo realizar la primera presentación académica del testimonio del soldado santafesino José Rivas, escrito en forma de memoria versificada a finales de la década de 1850. El texto, que narra las alternativas vividas por Rivas en las campañas correntinas contra Juan Manuel de Rosas, constituye un raro exponente de la poesía gauchesca prehernandiana y presenta la singular característica, dentro del género, de que autor y protagonista son la misma persona, además de constituir un testimonio que nos llega directamente, sin intermediación de las élites culturales, desde la pluma de un miembro de las “clases subalternas”, y no, como en el caso de los exponentes clásicos de la poesía gauchesca, desde la pluma de sus intérpretes².

Como Martín Fierro, José Rivas, auténtico criollo del sur santafesino, es objeto de la leva, no para servir en los fortines de la frontera, sino para sumarse a los ejércitos de las guerras civiles. Si Fierro es, desde la ficción, un exponente de tantos gauchos reclutados para marchar al desierto, sustrayéndolos de su vida y de sus sueños, Rivas, como persona real, es también uno de tantos paisanos que se vieron, de la noche a la mañana, involucrados en la guerra del lado que les tocó en suerte, mientras sus familias sufrían el desamparo y sus casas la ruina y la destrucción.

² El poema de José Rivas, y los otros poemas que incluye en su cuaderno, bien podrían servir para escribir un trabajo de microhistoria similar a *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg, obra que produjo un notable impacto en la historiografía de finales de la década de 1970 y siguientes, y en la que el autor se propuso reconstruir el mundo intelectual, moral y fantástico del un molinero del siglo XVI, a través de la documentación producida por aquellos que lo condenaron a la hoguera. Cfr.: CARLO GINZBURG, *El Queso y los Gusanos. El Cosmos Según un Molinero del Siglo XVI*, 3ª edición, Barcelona, Muchnik Editores, 1999.

El documento que presento tiene, como queda dicho, el doble carácter de memoria y poema, de testimonio histórico y obra literaria. Por lo tanto, procuraré, en esta primera aproximación a su estudio, analizarlo desde ambas perspectivas, proponiéndome, como objetivo principal de este trabajo, constatar su valor como fuente para el historiador y como pieza representativa de una poesía gauchesca escrita, no desde la mirada del hombre urbano —como en los casos de Hidalgo, Ascasubi, y Hernández—, sino desde el universo mismo del criollo de las llanuras.

1. EL AUTOR, EL MANUSCRITO Y EL POEMA

1.1. ¿Quién fue José Rivas?

Las noticias que tenemos del autor de este largo poema memorístico son muy pocas. La mayor parte proviene de los datos aportados por su nieto, el historiador Marcos Rivas, quien en su pequeño libro *El oratorio de Morante*³, se refiere a él cuando apunta algunos datos sobre los primeros pobladores de la margen santafesina del Arroyo del Medio.

Otras referencias surgen de las mismas memorias. En el texto, José Rivas dice que hacia 1836 tenía 15 años, por lo que habría nacido en 1821. También surge del poema que era nativo del lugar, como lo expresa en distintos pasajes, especialmente al final, cuando narra su regreso.

Sabemos quiénes fueron su padre y su abuelo. Este, de nombre Marcos José, era nacido en la campaña de Buenos Aires, donde parece que vivió siempre y disfrutó de cierta relevancia, ya que figura como alcalde de la Santa Hermandad de la Cañada de Morón en 1797⁴. Su hijo, Mariano, también nació en aquellos campos en 1792, pero huyó de la casa paterna a los 13 años, cuando se unió a una tropa de mulas que iba rumbo a Perú, aparentemente disgustado con un padre autoritario⁵.

En 1836, Mariano Rivas construyó una casa de tapias sobre una lomada junto a la Cañada Rica, casi sobre su desembocadura en el Arroyo del Medio, aunque debió haber vivido previamente en la zona, donde formó su familia. El

³ Cfr. MARCOS P. RIVAS, *El Oratorio de Morante*, Santa Fe, Colmegna, 1985.

⁴ Cfr. ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires (1796–1800)*, Serie III, t. XI, Buenos Aires, 1933, p. 198. Marcos P. Rivas anota, erróneamente, que habría sido alcalde metropolitano de Buenos Aires en ese año. Cfr. RIVAS, *op. cit.*, p. 17.

⁵ Cfr. RIVAS, *ibídem*.

gobernador Estanislao López lo había designado para desempeñarse ese año como comisario de campaña del distrito del Arroyo del Medio abajo⁶, pero el 12 de diciembre sufrió la destrucción de su casa por efectos de un incendio de pajonales que avanzó a impulsos del viento pampero.

Fue también en 1836 que su hijo José decidió apartarse de su autoridad y vagar por los campos, en una especie de réplica de lo que había hecho su padre casi a la misma edad. En su afán por tomar distancia de don Mariano, José se interna en territorio indígena y halla refugio en sus tolderías. Vive al margen de la ley y aprende a sobrevivir entre indios y cristianos. En ocasiones deambula por la llanura y evita las poblaciones. Se endurece en el trato con gauchos de dudosa moral y aprende a reconocer en ellos las miserias humanas, aunque admite haber hallado virtudes en quienes menos las esperaba.

En 1841 su padre compró un campo a Mariano Ramírez por el que pagó la suma de 2000 pesos, que se extendía a lo largo de dos leguas desde el Arroyo del Medio en territorio santafesino. Poco tiempo después levantaba, sobre el punto más alto, el casco de su estancia, a apenas 20 cuadras del arroyo. Existía en las proximidades el llamado “Paso de las Tropas”, vado de escasa profundidad que permitía el cruce del ganado y de los ejércitos, por lo que la estancia debió haber sido frecuentada por viajeros y troperos.

No llegó José a habitar esta estancia por entonces, pues fue reclutado en 1840 para servir en el ejército de Juan Pablo López, entonces aliado de Rosas. Ese fue el año de la invasión de Lavalle, por lo que Rivas comenzó su forzada carrera militar enfrentado a los unitarios. El joven contaba por entonces con 19 años y, según señala, ya se había pronunciado por el partido “dominado”. Parece que había sido reclutado varias veces por el gobierno santafesino y que había desertado otras tantas.

Las memorias nada dicen sobre lo vivido por Rivas en los dos años que van desde su reclutamiento hasta la caída de López frente a las tropas de Oribe en abril de 1842. Al texto del poema le faltan varias páginas en donde debían referirse a esos dos años. En su lugar, han sido agregadas otras que nada aclaran sobre esos días en que Rivas formó filas del lado federal, porque nos encontramos de pronto en el momento en que López es vencido en el combate de San Pedro y se inicia para Rivas el camino del destierro.

⁶ Cfr. PROVINCIA DE SANTA FE, *Registro Oficial de la...*, t. I, Santa Fe, Tipografía de la Revolución, 1888, p. 317.

Lo cierto es que el cambio de frente que Juan Pablo López realizara al pronunciarse contra Rosas, parece haber sido fatal para la familia de Rivas. Los hermanos José y Marcos quedarían incorporados a la división santafesina que el General López comandó en su alianza con Corrientes, y en ella permanecieron hasta 1848 en que se restituyen al hogar paterno. En realidad Marcos, que era adolescente, acompaña a su hermano mayor, que sí tenía edad para empuñar las armas, lo que ha de constituir un serio embarazo para José, obligado a protegerlo en las circunstancias más comprometidas.

Don Mariano parece que fue detenido y su campo devastado. Es posible que la única hija mujer siguiera a sus hermanos hasta Santa Fe y que, a juzgar por algunas referencias imprecisas que incluye José en su Memoria, quedara desamparada. No sabemos si la madre de los muchachos vivía. Lo cierto es que Rivas parece referirse solamente a su hermana, ya que dice había perdido padre, hermanos y marido. Curiosamente, Rivas no hace ninguna mención a su madre a lo largo de su Memoria.

Se inicia después el largo periplo de los hermanos Rivas en la guerra contra Rosas, transcurrido entre 1842 y 1847 y detallado en el desarrollo del poema de José. Siempre integrando la división santafesina, José Rivas va a estar presente en diversos encuentros militares, el más importante de los cuales ha de ser la gran batalla de Arroyo Grande, del 6 de diciembre del primer año, pero también en la invasión de Madariaga a Entre Ríos, en la de Juan Pablo López a Santa Fe y en la defensa del General Paz contra la que practicó Urquiza sobre Corrientes. Junto a la crónica de tales sucesos sobresalientes, aparecen también descriptos sus penurias de fugitivo, sus enfermedades, los auxilios recibidos por seres ignorados, la atmósfera de desolación de un pueblo azotado por la guerra constante, y la preocupación siempre activa por la suerte de su hermano menor.

Al aventurarse en regresar a Santa Fe en 1847, los hermanos fueron arrestados y puestos a disposición del gobernador Pascual Echagüe, quien les concede un indulto y pasaportes para retornar a sus pagos. Al volver a su querencia, encuentran a su padre refugiado en las ruinas de su estancia, con la única compañía de sus pequeños nietos, al parecer huérfanos. Deciden quedarse a su lado y protegerlos, amparados en el perdón con el que los había favorecido el Gobernador.

Con la caída de Rosas debieron cesar los temores de la familia y José pudo formar la suya propia. Según referencias de su nieto, habría contraído dos

veces matrimonio y fue padre de doce hijos, siempre en la misma estancia paterna reconstruida por él, en la que vivieron tres generaciones de los Rivas.

Por el momento, desconozco la fecha de su muerte, aunque consta que vivía en 1876, cuando escribió y fechó su poema sobre la guerra constante contra los indios.

1.2. Datación de sus Memorias y poemas que incluye en el mismo cuaderno

José Rivas declara en sus Memorias que recibió poca educación escolar, ya que abandonó la escuela al apartarse de su padre. Sin embargo, la inclinación por la poesía se manifestó en él tempranamente. Parece que comenzó a escribir en los días de campamento, entre campaña y campaña, si nos atenemos a lo que señala al comenzar el poema “Verso dedicado a un criminal”:

En correntino lugar / y en militar campamento / donde por divertimento / quise una historia trazar / supe se había revocado / la sentencia capital / a que un reo criminal / había sido sentenciado / y queriendo celebrar / de este reo su perdón / uno tras otro renglón / su historia empecé a trazar.

Este poema, aún cuando no está fechado, presenta elementos históricos que permiten datarlo. Señala que, cuando ocurrió el episodio que narra, el gobernador de Corrientes era Joaquín Madariaga, quien asumió el mando en diciembre de 1843. Pero otro dato nos permite fijar el año en que ocurrió la anécdota, que no pudo ser sino en la primera mitad de 1845, pues en el poema se dice que el general Juan Pablo López había llegado a Corrientes y que a él se recurrió para que intercediera ante Madariaga para lograr el perdón del criminal sentenciado. En esos mismos días Rivas se encontraba acampando en Villanueva y recién a fines de junio partió López hacia el Chaco para intentar la toma de Santa Fe. Este es el momento en que López logró el perdón del reo al que alude Rivas en su poema y es posible que también fuera el momento en que fue escrito aprovechando las vigiliadas del cuartel, interrumpidas luego por la marcha a Santa Fe.

Pero hay otra referencia que indica su temprana inclinación a la poesía. Dice en otra de las primeras estrofas: “En fin, prestando atención / al deseo de un amigo / a escribir su historia sigo / crimen, prisión y sentencia”. ¿Por qué

le habría pedido alguien que escribiera esta historia, si Rivas no hubiera dado ya alguna muestra de actividad literaria?

Puede ser que por entonces también apuntara en papeles sueltos algunas referencias que servirían luego para confeccionar su Memoria. Lo cierto es que, en una fecha imprecisa, ya restituído a su hogar, en las pausas que le concedía su trabajo rural, José Rivas tomó un cuaderno o libretón, de los que se utilizaban con fines contables, y comenzó a escribir, o transcribir, los versos de sus Memorias. Al finalizar este escrito en la página 192, utilizó el resto del cuaderno para volcar tres poemas: el ya referido sobre el indulto que benefició al reo Teodoro López; otro titulado Creación del Mundo, que se inicia en la página 205, y un tercero, sin título, dedicado a narrar las luchas contra el indio en las fronteras sur de Santa Fe y Buenos Aires, que ocupa las últimas páginas del cuaderno, a partir de la 221 y hasta la 237.

El único poema que está fechado es el último, escrito en 1876. Los otros materiales no sabemos con precisión cuándo fueron escritos. En la parte interna de la tapa hay una anotación, de aquellas que solían escribirse en Biblias y misales para retener las fechas de los fallecimientos de personas de la familia o allegados. Esta dice: "Bartolo Ocampo falleció el 24 de enero de 1857". Es de creer que para esa fecha el cuaderno ya estaba en uso, o sea que la memoria, o parte de ella, ya estaría transcrita en sus páginas, pues no resulta creíble que esta anotación fuera hecha en una libreta nueva, cuya utilidad todavía no se hubiera definido.

La libreta que hace de soporte a la Memoria de José Rivas mide 39 por 16 centímetros. Debió contar con 250 páginas útiles, de las que algunas se quitaron, aunque se adicionaron otras de diferente papel. El lomo del cuaderno es de una piel muy fina, tipo badana, teñida de verde oscuro, lográndose un aspecto de terciopelo que aun se ofrece al tacto y a la vista. Las tapas son de cartón grueso, con una película adherida cuyo color original era de un negro veteadado como de mármol, hoy muy deslucido.

El papel es de calidad inferior, lo que guarda relación con el uso para el que la libreta había sido confeccionada. Los renglones son tan tenues que apenas si se aprecian a contraluz. En cambio se ven nítidamente las líneas verticales de color rosado que servían para marcar las columnas de los registros contables.

Se encuentran dos tipos de tinta en el texto de las memorias y de los otros poemas. Una de color violáceo y otra negra. Predomina la primera, ya que con ella se escribió toda la Memoria y los dos primeros poemas que le siguen. Con

tinta negra está escrito el último poema, el de 1876, algunas páginas intercaladas de la Memoria y muchas de las tachaduras y enmiendas del texto.

Aunque desconcierta el hecho de que la primera estrofa de la Memoria está escrita con tinta negra, los dos tipos de tinta estarían marcando dos épocas. La tinta violácea sería la que corresponde a la más antigua, y es la que empleó Rivas para anotar la fecha del fallecimiento de Ocampo en la parte interna de la tapa. Esto nos indicaría que la Memoria fue escrita, o copiada en la libreta, a fines de la década de 1850. Los dos primeros poemas que le siguen serían, uno de 1845, según creo por los motivos ya expresados, y el otro de fecha imprecisa. En una etapa tardía, hacia 1876, Rivas habría escrito su tercer poema, dedicado a la guerra contra el indio, y corregido sus memorias, para lo cual reemplazó algunas páginas con otras de diferente tamaño y sin renglones, todas escritas en tinta negra. El hecho de que la primera estrofa de las memorias esté escrita también en tinta negra estaría indicando un simple cambio de tinta al inicio del trabajo, pues no hay indicios de que haya sido añadida o responda a una corrección posterior.

1.3. Crítica literaria

La obra de José Rivas, en un sentido amplio, puede ser incluida dentro del género gauchesco, aun cuando ofrece diversas dificultades para su clasificación. Los autores han diferenciado la poesía tradicional de la poesía gauchesca, considerando que esta fue producida por plumas cultas y urbanas, mientras que aquella, muchas veces anónima, constituye la genuina creación literaria nacida en el campo mismo, enraizada en las viejas glosas castellanas o en el romancero español, enriquecida con tradiciones indianas y en la trayectoria histórico política del siglo XIX. La gauchesca sería el eco urbano de la rural tradicional, y esta, a su vez, habría recogido estos cantos, de los que el *Martín Fierro* aparece como su culminación, para enriquecerse y potenciarse⁷.

⁷ Me inscribo en este análisis en la línea señalada por Augusto Raúl Cortázar, quien ve a la poesía gauchesca como una "proyección literaria" del folklore del gaucho, con la salvedad que marca Rodolfo A. Berello en el sentido de que también constituyó la manifestación de específicas intenciones estéticas y creadoras diferenciadas en la inventiva de cada autor. En los clásicos gauchescos como Hidalgo, Ascasubi, del Campo y Hernández, la tradición folklórica está presente, pero todos acusan también influencias románticas y neoclásicas, totalmente ajenas a la obra de Rivas. Cfr. RODOLFO A. BORELLO, "Introducción a la poesía gauchesca", en: BORELLO et al., *Trayectoria de la poesía gauchesca*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1977, p. 47 y ss.

La obra de Rivas representa un punto de encuentro entre ambas poesías, como producto de un paisano que quiere escribir, apelando a su “rústica mano”, pero sin caer en los giros y modismos que uno esperaría de la poesía de un criollo de las pampas, quizá porque creyó que de esa forma se aproximaría a su idea de una poesía culta⁸. Sus versos participan de la poesía tradicional en su factura, en su métrica, en sus rimas, en la composición de sus estrofas, es decir en la versificación que ha conservado los antiguos modos españoles. Pero también participan de las características de la poesía gauchesca en su temática política, en su trasfondo épico, en su fatalismo, en la enumeración de las desgracias vividas, en el tono sentencioso de algunas estrofas, en el reconocimiento como valores del arrojo, la amistad, la lealtad, la hospitalidad, al amor de hermano y el de hijo, y, fundamentalmente, en el espíritu de libertad que trasunta en diversas partes del largo poema. Introduce en cambio, un elemento hasta entonces muy subalterno en la poesía gauchesca: la presencia de la mujer entremezclada como actora en la lucha por la supervivencia. En varios pasajes aparecen perfiles femeninos, concurriendo casi siempre en su auxilio en momentos desesperados.

Se aproxima a la poesía gauchesca prehernandiana de Ascasubi en cuanto su tema de fondo gira en torno a las guerras civiles, pero situaciones e imágenes que veremos después descriptas en el *Martín Fierro*, ya aparecen en los versos de Rivas, como el recurso de ampararse entre los indios para huir de la autoridad, el reclutamiento forzoso, el regreso al hogar destruido. Estos nexos temáticos entre autores que no se han leído, se explican por la mera imposición de la realidad del gaucho. Genuina realidad autobiográfica en Rivas, recuperada e inmortalizada en la ficción del *Martín Fierro*.

No existen indicios de que Rivas hubiera leído los poemas existentes de Hidalgo y Ascasubi, o cualquier otra expresión escrita por entonces dentro de la primitiva literatura gauchesca. Pero, en cambio, debió conocer perfectamente la poesía criolla tradicional cultivada entre el paisanaje, expresada en los fogones mediante coplas y payadas. Tuvo que crecer entre tales manifestaciones, en sus años de andar errante y en su tiempo de soldado. Tuvo que apreciar perfectamente el canto rimado de cantores y versificadores, personajes seme-

⁸ Hemos anotado algunos vocablos comunes en el habla criolla que aparecen en el poema de Rivas en forma muy moderada, y que delatan su propio vocabulario: “creiba” por “creía”, “cambear” por “cambiar”, “vido” por “vio”, “patrio” por “caballo militar”, “compañía” por “compañía”, “cadaves” por “cadáveres”.

jantes a los que describe Sarmiento en *Facundo*⁹. Por ello no pudo concebir otra forma para escribir sus Memorias que el poema.

El autor es un paisano, un hombre de campo, que a penas si ha pasado obligadamente por ciudades como Santa Fe y Corrientes. Hijo de un comisario de campaña, José Rivas se crió en la rudeza del ambiente fronterizo y pasó su adolescencia deambulando por el campo como un gaucho cualquiera. Víctima de la leva forzosa que afectó a tantos criollos, endureció su carácter en el servicio de las armas y supo sobrevivir a siete años de campañas de gran riesgo. De todo ello hizo materia para desarrollar su poema, que participa de la característica de la poesía gauchesca prehernandiana en su temática política inspirada en las guerras civiles, pero a diferencia del Ascasubi de la primera época, los versos de Rivas no están signados por el fanatismo de partido.

Escritos en octosílabos, métrica común a toda la poesía gauchesca¹⁰, los versos de Rivas presentan características singulares. Casi al final de la obra, Rivas manifiesta su propósito cuando dice:

Volveremos a la historia / que me he propuesto explicar / aunque esta solo a su autor / podrá la atención llamar / por ser como lo es escrita / por una rústica mano / y sus puntos explicados / en muy vulgar castellano / El deseo de recuerdo / para mi generación / me expone a ser criticado / y acaso tendrán razón.

La singularidad de este largo poema reside en que, si bien está escrito con llaneza, no presenta los giros idiomáticos que uno esperaría en un Santos Vega o en un Martín Fierro. Resulta curioso, por lo tanto, que mientras los poetas de la ciudad, periodistas y hombres públicos, producen una poesía gauchesca de rico vocabulario rural, un hombre de campo presenta su poesía despojada de aquellos giros que, si bien pudieron formar parte del habla cotidiana, no cabían en su concepción del castellano escrito, por vulgar que fuera. ¿Cómo habrían escrito los gauchos los célebres poemas que le dedicaron los hombres

⁹ Cfr. DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Facundo*, Buenos Aires, El Ateneo, 1962, pp. 95-97.

¹⁰ “Inútil es recordar que estos géneros —dice Borges refiriéndose a los sonetos y a las odas endecasílabas que constituyen las primeras composiciones poéticas de Hidalgo— son inaccesibles al pueblo, para el cual no hay otro metro perceptible que el octosílabo, y todo lo demás es prosa”. Véase JORGE LUIS BORGES y MARGARITA GUERRERO, “El Martín Fierro”, en: JORGE LUIS BORGES, *Obras completas en colaboración*, Emecé, Buenos Aires, 1979, p. 516.

de la ciudad? Si lo hubieran intentado, si no hubieran sido analfabetos, es muy probable que su estilo se pareciera más al de Rivas que al de Hernández.

El estilo de Rivas confirma lo que ha señalado Borges: “Los payadores de la campaña no versificaron jamás en un lenguaje deliberadamente plebeyo y con imágenes derivadas de los trabajos rurales; el ejercicio del arte es, para el pueblo, un asunto serio y hasta solemne”¹¹. Rivas no es un payador, pero es un paisano “inclinado al arte de la poesía”, rara inclinación entre los criollos cuando no estaba dirigida al “recitado”, a la payada o al canto.

Claro es que el *Martín Fierro* reproduce justamente la forma en que Hernández pudo apreciar que hablaban los gauchos entre sí. He aquí la principal diferencia: el *Martín Fierro*, como la mayor parte de la poesía gauchesca, está versificado en idioma coloquial, está escrito para la oralidad. La Memoria de Rivas es un texto literario, escrito para la lectura privada antes que para la recitación o el canto, como documento que aspira a perpetuar el recuerdo de su generación. En ningún caso reproduce parlamentos, ni propios ni ajenos, salvo alguna arenga militar que recrea como Tucídides. Si bien está claro que es Rivas el narrador de toda la historia, no lo hace como Maciel o Hernández, con el común preliminar de “aquí me pongo a cantar”, sino como un escritor que traza su relato “uno tras otro renglón”. Esta circunstancia, la de la literalidad de la obra de Rivas, pone distancia entre su poema y los cantares populares, según lo que señala Carrizo: “[...] el poeta popular no hace versos para que los lean sino para que los escuchen; él los canta y su tradición es puramente oral”¹².

Aunque Rivas es un memorista, un narrador de historias, no deja de definirse a sí mismo como un poeta. Lo hace en su composición dedicada a la *Creación del mundo* cuando dice:

Solo por ser inclinado / al arte de la poesía / hoy sin brújula ni guía/ me arrojé
a un punto ignorado. / Es temeraria imprudencia / dar el paso que hoy intento
/ tanto más cuando el talento / falta y también la experiencia. / [...] / Ya con
esta indicación / podré ya en asunto entrar/ y por puntos explicar / del mundo
su fundación.

¹¹ BORGES, *ibidem.*, p. 515.

¹² JUAN ALFONSO CARRIZO, *Cancionero Popular de Salta*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Tucumán, A. Baiocco y Cía., 1933, p. 38.

Este es el único poema, al menos de los que conocemos, que no responde a un interés por la historia y la memoria. Surge de la perplejidad ante el cosmos infinito y la maravilla de la vida y la naturaleza, todo confrontado armoniosamente con la revelación bíblica, por lo que traza una imagen precopernicana del universo, que en la ingenua imaginación del gaucho debió ser predominante¹³.

La factura del poema que contiene su Memoria respeta la modalidad del octosílabo, agrupados en estrofas de variada factura: décimas, sextinas, octavas y cuartetos. Las rimas suelen ser asonantadas y se alternan, en el caso de las cuartetos, con terminaciones libres. También presentan terminaciones libres los primeros versos de las dos partes de las octavas. Con esto demuestra Rivas que posee conocimientos de versificación que superan a los del payador común, aunque hay que reconocer que, en muchas ocasiones, la métrica es defectuosa.

El *Martín Fierro* está conformado solamente por sextinas y cuartetos, y la *Vuelta* casi totalmente por sextinas, por lo que las Memorias de Rivas reconocen una factura más compleja en lo que a versificación se refiere, aunque seguramente menos perfecta.

Al principio, el poema se compone de una sucesión de décimas y sextinas. Las décimas respetan el esquema clásico, es decir dos redondillas separadas por dos versos, el primero de los cuales consuena con el último de la primera redondilla y, el otro, con el primero de la segunda. En cada redondilla rima el primer verso con el cuarto y el segundo con el tercero. Esta combinación, señala Calixto Oyuela, es una de las más características de la métrica castellana y se la empleaba en España en composiciones de índole popular¹⁴.

Después de cuatro décimas, le siguen, en el poema de Rivas, ocho sextinas. En estas se aparta Rivas del esquema tradicional, pues sus versos, en vez de rimar como pareados, son libres los impares y riman los pares, como

¹³ No fue el caso del payador catamarqueño Domingo Díaz, contemporáneo de Rivas, quien en un contrapunto con Felipe Palavecino, también payador y cantor renombrado, tuvo que responder a esta pregunta: "Señor don Domingo Díaz/ Ahora me va a avisar: / Cuántas horas echa el sol / Para dentro a la mar". A lo que Díaz contestó: "Me admira, Palavecino, / Que erréis tan fiero la cuenta: / El sol no camina nada / La tierra es la que da vuelta". Véase JUAN ALFONSO CARRIZO, *Antecedentes hispano-medioevales de la poesía tradicional argentina*, Buenos Aires, Publicaciones de Estudios Hispánicos, 1945, p. 213.

¹⁴ Cfr CALIXTO OYUELA, *Teoría literaria*, (21ª edición), Buenos Aires, Ángel Estrada y Cía. Editores, s/f (¿1917?), p. 283.

si fueran cuartetos. En el caso del *Martín Fierro*, las sextinas tienen el primer verso libre, riman el segundo, el tercero y el sexto, y el cuarto con el quinto.

Esta sucesión de décimas y sextinas, intercaladas en grupos de cuatro y de ocho, respectivamente, se repite cuatro veces. Juan Alfonso Carrizo nos explica que era común esta secuencia de cuatro décimas en la poesía y en los cantares populares argentinos, como herencia olvidada de la glosa de décimas. “Olvidado el artificio de la glosa, que obligaba a atar cuatro décimas a una cuarteta dada, siguiéronse usando las cuatro décimas, sin saber de dónde viene la razón de ser de este limitado número de estrofas”¹⁵. Este tipo de versificación sería propio de las provincias de Buenos Aires y Santa Fe.

Se inicia luego una sucesión de cuartetos, conforme a la modalidad tradicional de rimar el segundo octosílabo con el cuarto, dejando libres el primero y el tercero. A las primeras ocho cuartetos le suceden cuatro décimas, pero esta secuencia no se consolida y predominan luego las cuartetos a lo largo de varias páginas, hasta que aparece una sucesión de octavas, también durante varias páginas, seguidas nuevamente de un largo número de cuartetos y otra vez vienen las octavas en cantidad irregular, para continuar después la cuartetos durante buena parte del poema, y así sigue la sucesión. Las octavas son de las llamadas “italianas”, caracterizadas porque cada mitad lleva el primer verso libre y el segundo y el tercero aconsonantados entre sí. El cuarto es agudo y consueña o asueña con el que en la otra mitad le corresponde. Al finalizar la obra, cierra las memorias con cinco décimas, volviendo al formato del inicio.

Todo el poema aparece como una sucesión ininterrumpida, sin que esté dividido en partes o cantos, como es el caso del *Martín Fierro*¹⁶. Sin embargo, hay una primera parte que parece tener sentido en sí misma, y es la que narra su juventud errante, época previa a su reclutamiento militar. Está titulada: “Año 1836. Salida de casa de mis padres. Primeros apuntes”. Luego, en la página 11, aparece un título que dice “Año de 1840”, para comenzar después la parte militar de las Memorias. En la página 57 dice “Año de 1843”, en la 99 “Año de 1844”, en la 115 “Año 1845”, en la 147 “Año 1846” y en la 177 “Año de 1847”. En la página 181 hay un título que dice “Despedida de Corrientes” y antes de las cinco décimas finales dice: “Años 1847 y 1848 – Conclusión”. Como se ve el poema está organizado por años, aunque se omite la mención

¹⁵ CARRIZO, *Antecedentes...*, cit. p. 259.

¹⁶ Conviene anotar aquí lo que señala Juan Alfonso Carrizo: “El «Martín Fierro» y «El Fausto», que fueron escritos por cultos, están divididos en partes, pero en ningún cantar popular se ve esto.” CARRIZO, *Cancionero...*, cit. p. 38.

de 1841 y 1842, quizá porque las páginas correspondientes a esos años fueron quitadas del cuaderno y reemplazadas por otras.

El poema de Rivas suma 6.500 versos, o sea que es poco menos extenso que la suma de los dos poemas de Hernández, el *Martín Fierro* (2316) y la *Vuelta* (4894), que totalizan 7210.

2. LA MEMORIA Y EL DOCUMENTO

El género memorístico fue muy desarrollado en la Argentina del siglo XIX. Predominan los testimonios producidos por militares de las campañas de la independencia y de las guerras civiles. Las escritas por quienes actuaron en esta última etapa, tienen la característica de que sus autores son protagonistas de primera línea, casi todos militares y en su gran mayoría antirrosistas. Véanse los grandes exponentes producidos por Paz¹⁷, Díaz¹⁸, Lamadrid¹⁹, Iriarte²⁰ y Ferré²¹, para mencionar los más representativos y conocidos. Apenas podemos identificar del lado opuesto, muy pocos testimonios, entre ellos las Memorias del Coronel Prudencio Arnold²².

La Memoria de José Rivas, ignoto soldado de la división santafesina que, a las órdenes de Juan Pablo López, luchó al lado de los correntinos en las guerras contra Rosas, se ajusta a la característica predominante de ser escrita por un antirrosista, pero se aparta del resto de los exponentes del género en dos aspectos fundamentales que es preciso destacar. En primer lugar, se trata del testimonio de un soldado común, de uno de tantos criollos enrolados a la fuerza a instancia de voluntades superiores. Luego, se aparta también en un aspecto formal que no es menor: como muchas historias populares que circu-

¹⁷ Cfr. JOSÉ MARÍA PAZ, *Memorias Póstumas*, t. I-IV., Buenos Aires, Imprenta de la Revista, 1855. (Existen múltiples ediciones posteriores).

¹⁸ Cfr. CÉSAR DÍAZ, *Memorias. 1842-1852*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1878. (Hay una edición de Solar, Buenos Aires, 1943).

¹⁹ Cfr. GREGORIO ARAOZ DE LAMADRID, *Memorias*, t. I-II, Buenos Aires, Imprenta Kraft, 1895.

²⁰ Cfr. TOMÁS DE IRIARTE, *Memorias*, t. I-VII, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1944.

²¹ Cfr. PEDRO FERRÉ, *Memoria del Brigadier General...*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora "Coni", 1921.

²² Cfr. PRUDENCIO ARNOLD, *Un soldado argentino*, Rosario, La Argentina, 1893 (Hay una edición de Eudeba, Buenos Aires, 1970).

laban en los fogones y en los cuarteles, esta Memoria está versificada, aspecto que he analizado en la primera parte de este trabajo.

Con el fin de constatar su valor como documento histórico, en una primera aproximación, me propongo confrontar con los testimonios contemporáneos su narración de la batalla de Arroyo Grande y de la invasión de Madariaga a Entre Ríos, obligado a seleccionar, por razones de espacio, algunos trozos significativos, dejando para un estudio mayor los referidos a la invasión de Juan Pablo López a Santa Fe y a la de Urquiza a Corrientes, como así también las etapas en que Rivas tuvo que refugiarse como fugitivo y sufrir diversas peripecias para sobrevivir y proteger a su hermano. También haré referencia aquí a la parte final del poema, cuando Rivas abandona Corrientes y se reconcilia con su padre al retornar al pago de los Arroyos, donde, como Martín Fierro, encuentra su hogar destruido. Para finalizar haré un primer análisis del discurso de Rivas en relación con su valoración del pasado, la historia y la memoria, su concepción de la patria y su compromiso político.

2.1. Batalla de Arroyo Grande

Hasta ahora solo se conocía una memoria escrita y publicada por un protagonista de esta batalla. Se trata de las “Memorias Militares” del general uruguayo Ventura Rodríguez²³, en aquellos días oficial de artillería del ejército de Corrientes. Otra memoria, aunque inédita, es la del General Benjamín Virasoro, citada por Ruiz Moreno²⁴. Existen referencias a esta relevante acción militar en las memorias de Pedro Ferré, José María Paz o César Díaz, pero ninguno de estos actores prominentes estuvo presente en el sangriento encuentro de armas. Los historiadores han recurrido a la documentación oficial de vencedores y vencidos y a la correspondencia particular de los contemporáneos para reconstruir este episodio decisivo en la guerra que comprometía a los destinos políticos de argentinos y orientales.

Como ya señalé, Rivas se encontró en el combate de San Pedro, en el que Juan Pablo López fue desalojado del poder en Santa Fe, y acompañó a su jefe en su marcha hasta Corrientes por las espesuras del Chaco. Después de una

²³ Cfr. VENTURA RODRÍGUEZ, *Memorias militares*, citada por RUIZ MORENO, *op. cit.*, p. 226.

²⁴ Cfr. *Reminiscencias del general Virasoro*, documento que fuera propiedad del historiador correntino Manuel F. Mantilla, dado a conocer a Isidoro Ruiz Moreno por el Dr. Diego Mantilla.

estadía en el campamento, la alianza de Ferré con Rivera lleva a que las tropas correntinas y santafesinas se movilizan hacia Entre Ríos para actuar conjuntamente con los orientales bajo el mando del Presidente uruguayo.

El cuerpo de Dragones al que Rivas pertenecía se encontraba a las órdenes del Sargento Mayor Dionisio Rodríguez, en quien ve Rivas un hábil instructor militar. Mientras los preparativos se desarrollaban, la principal preocupación de Rivas giraba en torno a la suerte de su hermano menor, muy joven como para empuñar armas. Iniciada la marcha del ejército, decide llevarlo consigo y protegerlo a todo trance.

Después de atravesar los montes correntinos, el ejército pasó el río Mocoretá por el paso del Cerrito y llegó a Concordia casi sin detener la marcha. Allí fue aprovisionada la tropa de armamentos y vestuarios, a la vez que recibió su paga. Luego pasó a sumarse a la vanguardia que comandaba el General Aguiar, compuesta por correntinos y orientales. La fuerza de López recibió también el apoyo de un regimiento uruguayo.

Al ponerse en marcha la vanguardia no encontró resistencia hasta Santa Rosa, en donde comenzó a ser hostilizada por el Coronel Crespín Velázquez, quien operaba desde los montes de Montiel, amparado por su espesura impenetrable. Afianzada la posición de la vanguardia en Gualaguay y Gená, mantuvo escaramuzas con Velázquez durante cuatro meses, avanzando muy gradualmente hacia el interior de la provincia. Al cabo de este tiempo, el General Urquiza abandonó su cuartel general de Raíces y salió al encuentro de los invasores.

Se presentó sobre el río Gualaguay con parte de los cinco mil hombres que tenía concentrados en las Raíces de Entre Ríos, según cálculo de Rivas. Las guerrillas entrerrianas disputaron el paso del río a los invasores hasta que, por la noche, llegó Rivera con dos divisiones y se practicó el cruce a caballo y sin monturas, dejando en la margen izquierda bagajes y municiones. De esta forma, se enfrentaron a sable y lanza con la avanzada de Urquiza. El cuerpo que atacaba se componía de ochocientos hombres y produjo una carga “decisiva y violenta” que puso en retirada a los defensores, quienes abandonaron su bagaje que pasó a manos de Rivera. La persecución se prolongó por veinte leguas hasta Nogoyá.

Rivas se da cuenta de que esta victoria no tuvo consecuencias sino que más bien precipitó el desenlace. Señala que el enemigo reaccionó inmediatamente desde el cuartel general instalado cerca de La Bajada y que inició su marcha lentamente, pero sin pausa, al encuentro de Rivera. La lentitud de su

marcha estaba precisamente relacionada con la magnitud de la fuerza que se desplazaba.

En este punto Rivas analiza las posibilidades que tenía Rivera, entre ellas la de evitar un encuentro tan desigual. Sus consideraciones son muy parecidas a las que realiza César Díaz en sus Memorias, lo cual es remarcable considerando que este era un general y aquel un simple soldado. Considerando la gran distancia que separaba a ambas fuerzas, Rivera podía tranquilamente pasar el Uruguay y situarse en lugar seguro y ventajoso. Debía rehuir la batalla campal e iniciar en cambio una guerra de recursos. Como nada de esto hizo Rivera, Rivas no alcanza a explicarse si tuvo alguna razón fundada para obrar como lo hizo: “Pero esto no sucedió / ni aun dar puedo explicación / si para hacer lo que se hizo / hubo fundada razón”.

El Presidente esperó al enemigo y una vez que este estuvo a la vista nadie dudó de que tuviera lugar un combate decisivo en las costas del Arroyo Grande. “El enemigo de frente / marchando se presentó / y ordenando sus columnas / a nuestro frente formó”. Rivera dispuso sus tropas en dos alas de caballería y la infantería y artillería en el centro, esquema tradicional en las batallas argentinas. La gran superioridad numérica del enemigo hacía difícil al más esforzado mantener su valor: “Siendo la fuerza enemiga / en número superior / tal vez del más esforzado / declinaba su valor”.

Pero el combate se inició con gran arrojo, dejando desde el principio gran cantidad de cadáveres en el campo: “Pero principió el combate / con enérgicos arrojos / dejando el campo sembrado / de cadaves [sic] y despojos”. Los soldados se burlaban del suplicio y disputaban la victoria, aunque con corta tropa y mal montada no era posible vencer. Combatían sin obtener resultado, pereciendo en sus repetidas cargas centenares de hombres: “Todo esfuerzo inútil era / no había medio de triunfar / solo sensibles desgracias / dejaba que lamentar”.

Rivas se encontraba colocado en un cuerpo de caballería que debía cubrir la retaguardia de la infantería. Desde allí podía escuchar, de entre la negra nube de humo y polvo, el clamor de los heridos. Miró a izquierda y derecha y pudo observar que la caballería comenzaba a retroceder gradualmente, hasta que finalmente desapareció toda la línea, y entonces la infantería formó cuadro cerrado. Pero pronto fue rodeada por la caballería enemiga y reducida. Todo el parque y la artillería fue tomado por las tropas de Oribe. El campo quedó regado de sangre y lleno de cadáveres: “El campo que nos sostuvo / dejó sus sitios regados / con la sangre que vertieron / nuestros vencidos soldados”.

Rivas, como todos los sobrevivientes, buscó refugio en los montes próximos, no sin antes rescatar a su hermano del campo del exterminio: “En este momento pude / dejar mi colocación / y en los montes inmediatos / buscaba mi salvación”. El combate duró desde las nueve de la mañana y hasta el mediodía. Según la estimación de las fuerzas comprometidas en la batalla que hace Rivas, Oribe contaba con unos catorce mil hombres, mientras que Rivera no alcanzaba los cinco mil: “Como catorce mil hombres / los enemigos contaban / mientras que por nuestra parte / a cinco mil no alcanzaban”.

Para realizar una primera crítica de la narración que hace Rivas sobre la batalla de Arroyo Grande y los combates preliminares, me valdré de los trabajos de Juan Beverina²⁵, Isidoro J. Ruiz Moreno²⁶, Pablo Santos Muñoz²⁷ y Heriberto María Pezzarini²⁸, el de este último dedicado íntegramente a ese trascendental hecho de armas.

Una de las primeras observaciones que hay que remarcar es la imprecisión cronológica del relato de Rivas. No aporta fechas y la única referencia temporal es la mención de los cuatro meses que duraron las escaramuzas entre las tropas de Juan Pablo López y Crispín Velázquez antes del combate del Paso de la Laguna, que ocurrió el 13 de noviembre de 1842. De allí deducimos que hacia el mes de julio habrían tomado los invasores las posiciones de Gualaguay y Gená.

Son escasas las menciones de los principales protagonistas. Pueden identificarse a su jefe inmediato, el Coronel Rodríguez, al Comandante de la División santafesina, Gral Juan Pablo López, a quien critica duramente antes y después de la batalla²⁹, al Jefe de la Vanguardia del Ejército, General Félix Aguiar, y al Comandante en Jefe del Ejército, General Fructuoso Rivera. Del

²⁵ Cfr. JUAN BEVERINA, *Las campañas de los ejércitos libertadores. 1838-1852*, Buenos Aires, Editorial Rioplatense, Academia Nacional de la Historia, 1974.

²⁶ Cfr. ISIDORO J. RUIZ MORENO, *Alianza contra Rosas. Paz, Ferré, Rivera, López*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1999.

²⁷ Cfr. PABLO SANTOS MUÑOZ, *Años de lucha (1841-1845)*, Buenos Aires, Ediciones Cargón, 1973.

²⁸ Cfr. HERIBERTO MARÍA PEZZARINI, *Batalla de Arroyo Grande*, Santa Fe, Ediciones Colmegna, 1976.

²⁹ Antes de la batalla, se refiere Rivas al valor de los hombres de su división y dice luego: “Por esto el General López / sin merecerlo alcanzó / el renombre de valiente / que a nuestra vista ocultó”. Luego de la batalla, refiere Rivas que iba marchando hacia el punto de encuentro de los dispersos sumido en profundas meditaciones que encierran un evidente resentimiento hacia su jefe: “Más yo sigo a un general / que aun él mismo no comprende / que causa es la que defiende / ni que ley debe observar / Este es el general López / federal por tradición / que

lado de la Confederación, se menciona al Coronel Crispín Velázquez, al Jefe de la Vanguardia General Justo José de Urquiza y al Comandante en Jefe del Ejército General Manuel Oribe.

Las referencias toponímicas son más precisas y frecuentes, lo que permite seguir la evolución del ejército de Rivera en el territorio entrerriano. Se pasó el río Mocoretá por el paso del Cerrito, se hizo una primera estación en Concordia, se encontró la primera resistencia en Santa Rosa, se tomaron posiciones después en Gualaguay y Gená, Velázquez se refugiaba en los montes de Montiel, se cruzó el río Gualaguay, aunque no se menciona el Paso de la Laguna, se desalojó a Urquiza del campamento de Raíces, se lo persiguió durante 20 leguas hasta Nogoyá, Oribe se encontraba próximo a La Bajada, y la batalla final se desarrolló junto al Arroyo Grande. Los principales escenarios de la campaña están citados correctamente.

Las apreciaciones numéricas sobre la composición de los ejércitos no son antojadizas aunque dispares a las de otras fuentes. Al referirse al combate de La Laguna señala que la tropa que intervino del ejército invasor se componía de 800 hombres, número que coincide con lo que señala Manuel Leiva en carta del 30 de noviembre dirigida al General Paz. Estima en 5.000 los hombres con que contaba Urquiza en Las Raíces, lo cual es un poco menos de lo real, ya que un informe del mismo General del mes de octubre indicaba una disponibilidad de 6.769 hombres. Cuando precisa la cantidad de efectivos comprometidos en la batalla de Arroyo Grande estima en 5.000 los de Rivera y en 14.000 los de Oribe. En este punto, parece que Rivas tiende a acentuar la disparidad numérica de ambos ejércitos, porque otros registros apuntan a una menor desigualdad. Quizá no se trate de un intento de justificar la derrota, porque es posible que entre la tropa corriera esta versión, en una época en que tales datos eran más estimativos que reales.

Sobre el número de hombres del ejército de Oribe, Saldías señala que fueron 8.800, Benigno Martínez y Mantilla, 9.000 y César Díaz 10.000. Sobre el de Rivera, Saldías y Mantilla lo estiman en 8.000, Martínez entre 7.500 y 8.000 y César Díaz en 6.000. Por su parte Oribe, en su primera comunicación a Rosas fija en 8.000 hombres la composición del ejército derrotado³⁰.

Sobre las críticas que realiza a la figura de su jefe, el General Juan Pablo López, hay que aclarar que se repiten en varias partes de la Memoria de Rivas

hoy traiciona su opinión / para de causa cambiar // Para mí es uno de aquellos / sin patria y sin residencia / que la propia conveniencia / es su causa y opinión”.

³⁰ Cfr. PEZZARINI, *op. cit.*, p. 120.

y que son coincidentes con expresiones del General Paz y de otros contemporáneos. De cualquier manera, López no era un cobarde; su cambio de frente en relación a Rosas demuestra esa valentía, sin que dejara por ello de ser federal. Su capacidad militar era valorada por quienes, como Paz y Urquiza, siempre lo distinguieron colocándolo en la vanguardia de los ejércitos. Hombre de muy limitada capacidad intelectual, era ambicioso y receloso en la puja por el poder, al que nunca se resignó a renunciar. Incapaz de dirigir una campaña, como lo demostró en su invasión a Santa Fe de 1845, era considerado necesario en los ejércitos comandados por otros.

Interesantes son las consideraciones de Rivas sobre la actitud de Rivera de presentar batalla a Oribe. Si bien cree que hubiera sido mejor evitar el encuentro campal y hacer guerra de recursos en territorio uruguayo, deja abierta la duda en beneficio de Rivera sobre los motivos que tuvo para proceder como lo hizo, razones que a él se le escapaban desde su posición de soldado raso. Lo cierto es que Rivera consideraba probable el triunfo y, en general, opinaban como él los otros generales. Se creía que Oribe estaba mal montado por insuficiencia de caballadas. La inferioridad numérica, de no ser abrumadora, nunca se consideró un elemento decisivo en la definición de este tipo de batallas. Las críticas que le dirigió en sus Memorias el coronel César Díaz³¹, han sido desestimadas por historiadores como Ruiz Moreno, quien también desautoriza la versión de una retirada prematura del general oriental, asunto sobre el que Rivas no hace ninguna mención.

Las memorias de José Rivas reflejan correctamente la magnitud de este encuentro de armas, considerado en la historia militar como la batalla más importante de las guerras civiles hasta Caseros, en la que estuvieron comprometidos unos 20.000 hombres. Los datos que aporta guardan afinidad con el resto de las fuentes disponibles.

La narración versificada no está exenta de una carga épica acorde con los acontecimientos que rememora. El autor no busca la autojustificación; no hace alarde de méritos que no tuvo; deja constancia de su participación subalterna, que no llegó a comprometerlo en el combate cuerpo a cuerpo; expone sus puntos de vista y sus preocupaciones personales, como la de proteger a su hermano, y destaca el valor y arrojo puesto de manifiesto por los hombres de su ejército, cosa que no niegan ni los testimonios del enemigo.

³¹ Cfr. Díaz, *op. cit.*, p. 41.

Se limita a señalar lo que él pudo apreciar desde su posición, sin reproducir versiones ajenas, como la de los degüellos en masa practicados después de la batalla, a los que aluden César Díaz y Ventura Rodríguez. Tampoco hará referencia en los versos que siguen al ensañamiento en la persecución, ya que él personalmente pudo poner distancia del peligro sin ser hostilizado.

La versión tiene el valor de haber sido escrita por un soldado, uno de los veinte mil hombres ignorados que, arrastrados por voluntades superiores, expusieron ese día sus vidas valerosamente en las proximidades del Arroyo Grande.

2.2. La invasión de Madariaga a Entre Ríos

Después de narrarnos las peripecias vividas luego de la batalla de Arroyo Grande, José Rivas relata las noticias que pudo conocer sobre la revolución de los hermanos Madariaga en Corrientes³², situación que abría para él, y para todos los refugiados, la posibilidad de regresar al territorio argentino. Por esos mismos días, Rivas se encontraba enfermo y fue protegido por una familia lugareña, especialmente por una esforzada mujer. Refugiados en un monte, fueron encontrados por la tropa correntina de Bautista Sandoval, antiguo amigo de Rivas, quien le brindó ayuda poniéndolo en manos de un médico paraguayo que alivió sus males. Luego ofreció sus servicios a Sandoval quien le nombró ayudante. Pero una gran preocupación le invadía: desconocía la suerte de su hermano de quien había perdido contacto durante su exilio.

Con tal motivo, se puso a las órdenes del Jefe de la frontera, Zenón Pérez, para poder recorrer poblaciones en procura de su hermano. Luego se le otorgó un pasaporte que le permitía recorrer todo Corrientes y así, acompañado de dos soldados, pudo ampliar su búsqueda. Después de revisar el campamento de Villanueva, donde Madariaga estaba reuniendo su ejército, tuvo noticias de que su hermano estaba por ser embarcado como parte de una tropa que operaría sobre el chaco santafesino. Así que Rivas se apresuró a llegar a Goya donde pudo reunirse con él y evitar que participara de aquella empresa de la que pocos volvieron.

³²“El 31 de marzo de 1843, Joaquín Madariaga, seguido por 108 compañeros, atravesaba el Uruguay por Uruguayana, avanzando inmediatamente sobre el río Corrientes, donde se le reunió el coronel Nicanor Cáceres, con algunos partidarios. Aumentados ya a 300 hombres, los revolucionarios cayeron sobre la ciudad de Goya, cuyas autoridades debieron ponerse a salvo apelando a la fuga.

Después de un breve descanso, los hermanos Rivas y sus compañeros se ponen en campaña integrando el ejército de Madariaga en su plan de invasión a Entre Ríos. Esta osada operación fue concebida como una forma de mantener abiertas las hostilidades con Rosas, aprovechando la ausencia de Urquiza que se encontraba ocupado en la Banda Oriental en persecución de Rivera y alentando también la esperanza de una sublevación general de la provincia invadida. Los correntinos habían recuperado su moral, tan quebrantada después de Arroyo Grande, especialmente luego de que desalojaron de su provincia a un ejército que, al mando del General Galán, intentó someter a los revolucionarios.

Rivas señala que se creía inminente una invasión entrerriana, por lo que Madariaga había preferido tomar la ofensiva: “Y al saber que el enemigo / intentaba decir voy, / nuestro General sin duda / quiso decirle aquí estoy”. De esta forma, marchó el ejército correntino, compuesto por unos 2000 hombres de caballería, sin ninguna oposición, hasta que tuvo el enemigo a la vista en los campos de Arroyo Grande, de infausta memoria. Aquí lo esperaba el General Garzón dispuesto a enfrentarlo y vencerlo con un ejército combinado de caballería e infantería, por lo que prontamente esta formó cuadro, flanqueados por las tropas montadas en ambas alas.

Era el 17 de enero de 1844, cuando apenas había transcurrido poco más de un año desde la gran derrota experimentada en el mismo sitio, y los correntinos ofrecían nuevamente batalla. Dice Rivas que Madariaga, si bien era valiente carecía de instrucción militar. Ordenó cargar a la caballería en toda la línea: “Las tropas eran iguales / en número y decisión / y así se hacía interminable / esta reñida cuestión. // Sólo se oía entre el humo / los cañones retumbar / y en el resplandor del sol / lucidos sables brillar”.

Señala Rivas que, no obstante la paridad de fuerzas, podía suponerse el triunfo de los correntinos: “La caballería enemiga, siendo de firme atacada, dentro de muy pocas horas / fue vencida y dispersada”. Pero el arma de infantería, formada en cuadro, constituía una fortaleza invencible para los gauchos correntinos:

Quedando la infantería / en cuadro sus batallones; / sosteniendo un recio fuego / sin perder sus posiciones. // Entonces nuestros guerreros / dobles cargas repitieron / sobre aquel cuadro enemigo / que destruirlo no pudieron. // A costa de muchas vidas / se vencería este imposible / porque este cuadro formaba /

una muralla invencible. // Sin embargo se arrojaban / con temeraria osadía; / sobre este muro de fuego / que en volcán se convertía.

Así se sucedieron los ataques de la caballería y se repitieron las descargas de los fusiles sin que los atacantes pudieran abrir una brecha en la defensa. El combate se había iniciado a las 3 de la tarde y concluyó a las 6 o 7: “El sol había ocultado / sus brillantes resplandores / sin poderse asegurar / cual serían los vencedores”. Considerando que la batalla se libraba a mediados de enero, podemos entender que, si el fuego se interrumpió a las horas que indica Rivas, todavía era de día. O sea que no fue la noche lo que obligó a suspender el combate, sino el agotamiento de los atacantes. Sea como sea, los defensores se encontraban en peores condiciones, por lo que aprovecharon la oscuridad para tomar distancia del campo de la acción. Al amanecer, los correntinos se aprestaron a continuar la batalla pero no encontraron en su campo a los entrerrianos del general Garzón. Rivas escribió: “Por fin terminó la noche / nuevo día amaneció; / las huellas del enemigo / solamente se encontró, / se ve que al dar este paso / vencido se declaró”.

Frente a ello, Madariaga inició la persecución de Garzón con una parte de su ejército hacia el centro de la provincia invadida y aunque se hizo contacto con algunas avanzadas entrerrianas, recién se tuvo nuevamente enfrente al ejército de Garzón en Santa Rosa, donde resolvió suspender la marcha. Tras evaluar la situación y comprobando que la población entrerriana no se sublevaba como se había esperado, faltó ya de algunos elementos y cansadas las caballadas, Madariaga resolvió regresar a su provincia. Así lo hizo seguido, prudentemente, por Garzón quien se detuvo en la frontera interprovincial: “Al salir del entrerrios / la marcha a sus tropas guió; / y por si era perseguido / el paso precipitó. // No sé si algún enemigo / perseguirnos intentó / pero si a esto se dispuso / alcanzarnos no logró”.

En marzo de 1844, el ejército correntino se encontraba en sus cuarteles de Villanueva, y Rivas nos da cuenta de ello, aunque sin especificar fechas. Aquí es donde el memorista parece apurar su crónica porque señala que, después de un breve tiempo de inacción en Villanueva se ordena a su batallón trasladarse a Santa Lucía, en la costa del Paraná para prepararse a cruzar al Chaco e invadir a Santa Fe.

Evidentemente, Rivas debió permanecer en Villanueva todo el año de 1844, pues la expedición a Santa Fe fue programada por el General Paz, quien se hizo cargo del ejército en enero de 1845. La operación fue encomendada

al General Juan Pablo López, exiliado en Brasil, quien se trasladó a marchas forzadas a recibirse del mando de su pequeño ejército. El 27 de marzo Rivera era vencido por Urquiza en India Muerta, lo que anunciaba graves dificultades para Corrientes una vez que este regresara a su provincia. Esto llevó a que el general Paz se preparara para defender a Corrientes antes que para invadir Entre Ríos. Mientras tanto, López partía para Santa Fe en junio de 1845. Rivas formaba parte de esta expedición que, aunque tomó la ciudad de Santa Fe, debió abandonarla luego y fue vencida en el combate de Mal Abrigo. Llegaría de regreso a Corrientes con tiempo de integrarse al ejército de Paz que debía enfrentar la invasión de Urquiza iniciada en enero de 1846.

El relato de Rivas sobre la invasión de Madariaga a Entre Ríos coincide con la reconstrucción que de ella han hecho los historiadores, especialmente Beverina³³ y Pablo Santos Muñoz³⁴. Carece, lógicamente, de la perspectiva amplia de quien puede ejercitar una mirada por sobre los acontecimientos de los que es protagonista. Se limita a consignar lo que escucha y lo que vive, sin poder darse cuenta de cosas que ocurren en el marco general de la guerra contra Rosas. Sin embargo, es un testimonio fresco y vital que constituye quizá la única memoria de un actor de esta campaña.

2.3. El regreso

Después del fracaso de la invasión de Urquiza a Corrientes en 1846, el General Paz, que dirigía el ejército correntino, dispuso que las tropas se acuartelaran en Villanueva. En su paso de regreso a Entre Ríos el ejército invasor había destruido los cuarteles desiertos, por lo que hubo que reconstruirlos. Antes de los quince días de acampados, las tropas comenzaron a desertar. Lo que al principio fue gradual, fue luego desbande y sublevación. Llegó el caso de que el Regimiento N° 1, bajo el mando del Coronel Bernardino López, abandonó el campamento completo, con su jefe al frente.

El General Paz pudo notar que el número de soldados de su ejército era menor al de los sublevados. Así decidió movilizar su tropa hasta el río Corrientes, temiendo el ataque de los desertores. Una insurrección general le amenazaba y ya había poblaciones enteras en su contra. Corría la voz de que el gobernador Madariaga alentaba la insurrección para deshacerse del general

³³ Cfr. BEVERINA, *op. cit.*, p. 175 y ss.

³⁴ Cfr. SANTOS MUÑOZ, *op. cit.*, p. 227 y ss.

Paz: “Las diversas circunstancias / dejaban en manifiesto / que el gobierno era el autor / de todo aquel movimiento”.

Destaca Rivas que la sublevación se extendía entre los correntinos, mientras que los soldados de otras provincias se mantenían fieles al general: “Siendo esta la recompensa / que pudimos merecer / de cinco años de guerra / y de continuo padecer”. En varias estrofas se queja el soldado santafesino de la ingratitud de los correntinos y explica cómo el General Paz resolvió retirarse de la provincia buscando asilo nuevamente en Brasil. Marchaban en esta dirección seguidos por los correntinos, pero el regimiento que integraba Rivas, compuesto en su mayoría por santafesinos, decidió retrotraer su marcha y dirigirse en sentido opuesto hacia el Paraná con el ánimo de cruzar al Chaco y subsistir entre los indios.

Cuando caminaban con ese rumbo encontraron a la infantería paraguaya que regresaba a su país después de haber engrosado el ejército de Paz, aunque sin tener oportunidad de actuar. La columna santafesina marchaba sin jefe, dirigida por un grupo de oficiales de baja graduación. Cuando llegó la tropa al Paraná, se dirigió a la población de Goya, con el propósito de procurar abastecimientos y embarcaciones para efectuar el cruce. El pueblo estaba malamente guarnecido por un cuerpo militar al mando del Coronel Soto, quien quiso evitar la contienda y se dirigió a parlamentar con los santafesinos. Con habilidad logró que los veteranos depusieran sus armas y acataran su autoridad: “Hizo rendir nuestras armas / el bien de la humanidad / lo que alcanzar no logró / ni el poder ni la crueldad”.

Rivas entregó sus armas también, pero esa misma noche abandonó la población, ya que, si bien no desconfiaba de la sinceridad de Soto, comprendía que carecía de suficiente poder para proteger a los santafesinos: “Pues una larga experiencia / con tristes hechos enseña / que el que se rinde perece / no el que de frente pelea; // Esto en nuestros enemigos / se ha visto y muy repetido / lo de completar sus triunfos / con el débil o rendido”. Así, acompañado de su inseparable hermano, tomó distancia de Goya y del destino que pudiera depararle a su regimiento.

Por muchos meses anduvieron escapando de la autoridad, amparados por protectores ignorados. Se queja Rivas en esta parte de sus memorias de la actitud de Madariaga, a quien prefiere no nombrar, pero expresa también su gratitud a la provincia de Corrientes en un bello poema de despedida. Explica que amparado por vecinos de la campaña logró el visto bueno de cierta autoridad que le permitió abandonar la provincia y pasar a Entre Ríos.

A los hermanos se sumaron dos compañeros, y los cuatro marcharon hasta Paraná. Intentaban llegar de alguna forma al sur pampeano, seguramente para convivir con los indios y evitar la persecución política. Estos acompañantes inesperados volvían hacia el sur después de intentar establecer un contacto entre el General Paz y el Coronel Manuel Baigorria. Mientras marchaba, Rivas se sumerge en negros pensamientos sobre sus años de emigrado y soldado, sacrificados a una causa que entiende que va de “mal en peor”. Buscaban llegar a Paraná para pasar embarcados a Santa Fe.

Sin embargo, los Rivas y sus acompañantes se vieron obligados a presentarse ante el gobernador delegado Don Antonio Crespo, quien les facilitó el paso a Santa Fe en donde fueron arrestados por la policía y llevados ante el gobernador Pascual Echagüe. El general los interrogó y les permitió seguir su camino en libertad, aun cuando Rivas respondió sin ocultar su procedencia. Este cambio de suerte, que las memorias describen con gratitud hacia el general Echagüe, les permitió a los Rivas llegar a Rosario con pasaportes oficiales y, desde allí, dirigirse hacia el Arroyo del Medio en procura de la casa paterna, aunque debía presentarse primero ante el Jefe de Rosario, Don Agustín Fernández, de quien se expresa en los peores términos como déspota y criminal³⁵.

Oscuros temores alimentan la cabeza de Rivas a medida que se acerca a la estancia de su padre, de la que sabe se encuentra arrasada, aunque está informado que igual la habita desde que salió de la prisión. Sentimientos encontrados experimenta el soldado que regresa al hogar destruido. Se alegra al ver a Don Mariano vivo y se entristece al contemplar las ruinas de lo que fue una estancia próspera y poblada. El anciano vive entre los restos de la casa, protegiendo en su desvalimiento a tres criaturas huérfanas que son sus propios nietos.

³⁵ El coronel José Agustín Fernández fue uno de los jefes militares santafesinos que mayor actuación desarrolló a lo largo de las guerras civiles entre 1818 y 1861. Estuvo en todas las grandes batallas desde Cepeda (1820) a Pavón (1861), pasando por Puente de Márquez (1829), Caaguazú (1841), Caseros (1852) y Cepeda (1859). En Mal Abrigo (1845) estuvo enfrentado al ejército de Juan Pablo López en el que revistaba Rivas. Participó de las acciones contra el General Paz en 1831. Dirigió el pronunciamiento de Rosario contra Rosas el 25 de diciembre de 1851, fue Jefe Político de Rosario en 1858 y participó también en la guerra del Paraguay hasta 1867. Tuvo además actuación en la guerra contra el indio en las fronteras Sur y Norte. Murió a los 90 años en 1888. Cfr. DIEGO ABAD DE SANTILLÁN, *Gran enciclopedia de la Provincia de Santa Fe*, t. 1, Buenos Aires, EDIAR, 1976, voz: “Fernández”.

Frente a este cuadro, los hermanos Rivas deciden quedarse en el lugar y proteger a su familia. Sus compañeros se asilan en las inmediaciones, listos para refugiarse entre los indios si llegan a ser perseguidos.

3. LA PATRIA, LA POLÍTICA Y LA HISTORIA EN EL DISCURSO DE JOSÉ RIVAS.

En una de las estrofas finales de sus memorias Rivas escribe: “Acompañé a mi partido / en sus sangrientas jornadas / y en horas desventuradas / presencial testigo he sido // Poner quisiera en olvido / los males que he lamentado / pero en el alma gravado / el recuerdo permanece / y allí una lección me ofrece / el tiempo que ya ha pasado”.

Aunque el texto de José Rivas presenta riquísimos materiales para el análisis del discurso y para penetrar en el universo de ideas del gaucho y del paisano, no es mi propósito desarrollar aquí un análisis profundo sobre el particular. Sin embargo, conviene destacar que la estrofa transcrita, como muchos pasajes del poema-memoria, nos está indicando en Rivas un interés político y una valoración de la memoria y de la historia.

No es ocioso hacerlo notar, porque Antonio J. Pérez Amuchástegui ha negado que el gaucho (o el paisano, ya que él mismo se preocupa por minimizar las diferencias) tuviera una desarrollada conciencia histórica y algún interés cívico-político³⁶. Para Pérez, el gaucho se despreocupa del tiempo histórico. “Al gaucho no le importa la historia”, señala, y agrega: “Quien vive inconsciente de su historicidad se despreocupa olímpicamente por cuanto sea fenómeno esencialmente histórico, como las instituciones, la patria, la nacionalidad”³⁷. Y destaca luego que en *Don Segundo Sombra* de Güiraldes aparece una sola vez la palabra “patria”, y no en un sentido amplio, identificado con la argentinidad, con lo nacional argentino, sino con el pago, con la querencia. Luego señala Pérez:

En “El gaucho Martín Fierro” de 1872 no figura ni una sola vez la palabra patria; ya dijimos que en Martín Fierro hay de todo menos de patriota [...] Como

³⁶ Cfr. A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *Mentalidades argentinas. (1860-1930)*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

³⁷ PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *ibidem*, p. 352.

en Don Segundo Sombra, las referencias en la obra de Hernández se quedan en el pago, en la tierra aquerenciada, en meras nostalgias lugareñas³⁸.

Caben aquí varias disquisiciones. En primer lugar, el poema de Rivas demuestra, como testimonio auténtico del pensamiento de un paisano de verdad, que la historia y la memoria, el pasado y el tiempo histórico, son asuntos centrales en su interés. El olvido puede ser un deseo, pero el recuerdo permanece en el alma. El tiempo pasado ofrece su lección y Rivas quiere retenerlo en sus versos.

Luego aparece la cuestión del patriotismo del gaucho. Pérez Amuchátegui se ocupa de un período muy amplio (1860-1930) y no parece que haga distinciones entre *Martín Fierro* y *Segundo Sombra*. Si la idea de “patria” identificada con la nacionalidad y la argentinidad, era aun débil en la década de 1870, que es cuando escribe Hernández, está en cambio muy desarrollada en la época que escribe Güiraldes. No parece entonces conveniente un análisis conjunto de ambas obras como si fueran contemporáneas.

Para el caso del poema de Rivas, efectivamente, la idea de patria está referida al lugar de nacimiento, es decir a Santa Fe. Es la idea predominante en los gauchos de los años cuarenta y cincuenta de la Argentina del siglo XIX. Así lo vio Esteban Echeverría cuando escribió:

La patria para el correntino es Corrientes; para el cordobés, Córdoba; para el tucumano, Tucumán; para el porteño, Buenos Aires; para el gaucho, el pago donde nació. La vida e intereses comunes que envuelve el sentimiento nacional de la Patria es una abstracción incomprensible para ellos y no pueden ver la unidad de la República simbolizada en su nombre³⁹.

Lo que señala Echeverría se corresponde con exactitud en el discurso de Rivas. En su poema de agradecimiento a Corrientes señala: “Corrientes me recibió / como madre cariñosa / cuando la suerte impiadosa / de mi patria me alejó”. La patria de Rivas es Santa Fe, mientras que Corrientes, por más que

³⁸ *Ibidem*, p. 353.

³⁹ Citado por GABRIEL DI MEGLIO, “Patria”, en: NOEMÍ GOLMAN (ed.), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, p. 125.

es para él un “hermano suelo”, no deja de ser un territorio extranjero, como señala al decir: “y en extranjera nación / un asilo he mendigado”.

¿Pueden asombrarnos estas ideas cuando la guerra civil era a la vez una guerra internacional y las provincias constituían verdaderos estados soberanos en medio de un proceso inconcluso de configuración de la nacionalidad argentina? El conflicto constante envolvía a una amplia región de Sudamérica y aparecen mezclados en las acciones militares, como fue el caso de Arroyo Grande, tropas correntinas, santafesinas (emigrados dirigidos por Juan Pablo López) y orientales enfrentadas a un ejército compuesto por divisiones entre-rrianas, santafesinas y porteñas, ambos ejércitos comandados por generales orientales (Oribe y Rivera). Véase también la presencia de tropas paraguayas a las que alude Rivas en su poema, aliadas a las correntinas que dirige el General Paz y enfrentadas a las entrerrianas que invaden Corrientes al mando de Urquiza.

La patria de Rivas es Santa Fe, el lugar de su nacimiento. Lo define claramente en esta estrofa: “Por largos años he sido / de mi patria desterrado / y en país extraño asilado / y sin treguas perseguido. / Más hoy el cielo ha querido / que a mi padre ansiado viera / y contemplarle pudiera / en nuestra patria oprimida / donde la luz de la vida / miré por la vez primera”.

Si el discurso que se refleja en el poema de Rivas parece confirmar lo que señala Pérez Amuchástegui, en cuanto a que la patria para el gacho es la querencia o el pago, no acierta el historiador a ver lo que apunta Echeverría cuando dice que la moderna idea de “patria”, asociada a la nacionalidad argentina, es para el gacho una “abstracción incomprensible”. No es que el gacho no fuera patriota, sino que la idea de “nacionalidad” no está todavía definida o incorporada a su universo conceptual. Además, no es lo mismo servir al gobierno en la frontera contra el indio que participar de las guerras civiles cuando lo que se define es un modelo nacional.

Para el caso de Rivas la “patria” es más que el pago, es la provincia de Santa Fe, única entidad histórica que por entonces aparece definida en el entendimiento del criollo que no acierta todavía a comprender el proceso de formación en curso de los estados nacionales de la región, involucrados todos en los mismos conflictos políticos por la distribución del poder que vivió Rivas.

Con respecto al interés del gacho por la participación política, el texto de Rivas viene a poner en litigio lo que señala Pérez Amuchástegui cuando afirma que

las circunstancias en las que se halla inmerso el gaucho no lo incitan, por cierto, a interesarse por lo institucional [...] Por ese lado hay que buscar, a nuestro juicio, el sentido de la despreocupación del gaucho por todo lo que se relacione con su aparente sumisión respecto del gobierno y su desinterés por la política⁴⁰.

Si lo anterior puede aplicarse a la época del *Martín Fierro*, el poema-memoria de Rivas nos muestra a un paisano que, si fue inicialmente movilizadado mediante la leva, asumió luego la causa de sus superiores: “Acompañé a mi partido / en sus sangrientas jornadas”, dice al inicio de la estrofa transcrita, y en otra parte destaca su consecuencia ideológica cuando escribe: “Y en extranjera nación / un asilo he mendigado / porque a cambear me he negado / de armas, causa y opinión”.

El compromiso político de Rivas es claro. No sigue ciegamente a un caudillo, sino que dirige duras críticas a su jefe, el General Juan Pablo López, a quien reprocha justamente inconsistencia partidaria cuando dice: “Este es el general López / federal por tradición / que hoy traiciona su opinión / para de causa cambear // Para mí es uno de aquellos / sin patria y sin residencia / que la propia conveniencia / es su causa y opinión”. Quizá fuera su temor a que el cambio de frente de López pudiera poner en duda su propia coherencia ideológica lo que movió a Rivas a reemplazar las páginas de sus memorias que se referían a su reclutamiento de 1840 a 1842, cuando sirvió a López como aliado de Rosas.

Comprometido con su tierra, su partido y su generación, Rivas recurre a la pluma para dar testimonio de todo esto, salvando del olvido a lo que él entendía que era una gesta contra la “tiranía”, como “una lección que ofrece el tiempo que ya ha pasado”.

4. CONCLUSIONES

El poema de José Rivas, que creo escrito a finales de la década de 1850, constituye una pieza ignorada de la poesía gauchesca prehernandiana. Es, asimismo, posible considerarla como el punto de encuentro entre la poesía tradicional rural y la gauchesca elaborada por las plumas cultas de la ciudad. Surgida de su mano rústica, la poesía de Rivas quiere ser culta y es concebida

⁴⁰ PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *op. cit.*, p. 356.

como pieza de lectura para preservar la memoria de una generación de criollos sometidos a la leva. Descarta por ello el uso de giros idiomáticos criollos y no apunta a la oralidad, apartándose así de la poesía gauchesca producida desde la ciudad, que pretende llegar a los fogones y a las guitarras, para ser narrada, cantada y memorizada. Sin embargo, pese a ello, la pieza literaria no puede sustraerse a las características formales de la poesía tradicional, en cuanto a versificación, y a las de la poesía gauchesca en lo que se refiere a los aspectos temáticos que le son propios, por lo que no dudo en incluirla como exponente de la gauchesca prehernandiana.

Como texto memorístico, el poema de Rivas constituye un valioso documento para el historiador, en cuanto testimonio de las alternativas de las guerras antirrosistas llevadas adelante por la provincia de Corrientes entre 1842 y 1847, pero también en cuanto registro auténtico de las alternativas vividas por un paisano devenido en soldado por imperio de la leva. Sus pensamientos, sus ideas políticas, su mirada crítica, sus sufrimientos, el ambiente en el que tuvo que sobrevivir, algunas referencias al paisaje virgen de los montes y los esteros, aparecen como fuente sugestiva para el estudio de la mentalidad rural de aquellos años de confrontación permanente.

Como en el *Martín Fierro*, hay aquí una evolución en el perfil del personaje. Se puede apreciar en Rivas una transformación del “vago y mal entrenado” de los años de adolescencia, que deambula por los campos y hasta se refugia entre los indios. Pronto se convierte en prudente soldado que termina abrazando la causa de sus superiores. En diversos pasajes de la Memoria, Rivas se manifiesta “liberal” y consustanciado con el partido de ese nombre. Parece que es por ello que silencia la parte en que narra su primera época militar, entre 1840 y 1842, cuando actúa a las órdenes de Juan Pablo López, pero del lado rosista, enfrentado al general Lavalle que invadía la provincia.

¿Qué había escrito Rivas en las páginas que sustrajo del cuaderno correspondiente a esos años, y qué reemplazó con otras? Por decisión de su autor, nunca lo sabremos. Sea como fuera, es importante destacar que la definición partidaria e ideológica que Rivas expresa, en tanto se manifiesta como “liberal”, resulta sumamente apropiada y descriptiva de las corrientes opositoras a Rosas que actuaron en el litoral. Lejos de ser unitarios, los correntinos –como antes Estanislao López y después Urquiza– eran federales constitucionalistas. Si Rivas hubiera definido a su partido como unitario, hubiera cometido una tergiversación, aun cuando los unitarios, que eran una minoría, procuraran insertarse en el movimiento del federalismo antirrosista, que era el único con

posibilidades reales de derrocar a Rosas, como quedó demostrado cuando Urquiza asumió su liderazgo.

Las Memorias de Rivas constituyen un tipo de documento del que carecíamos los historiadores. Un testimonio del pensamiento del soldado criollo de los ejércitos de las guerras civiles previas a la organización nacional. Un poema que, si no tiene la belleza y el vuelo literario de los grandes exponentes del género, resulta genuino y expresivo de la necesidad de decir de un protagonista menor. Un documento que recupera la memoria de la leva y de la guerra vivida desde el centro de la tropa. Unos versos gauchescos que anuncian la inminencia de la obra de Hernández y la inevitabilidad del *Martín Fierro*.

ANEXO**Fragmentos tomados del poema—memoria de José Rivas**

Despedida de Corrientes

Permítaseme un momento
Explicar mi gratitud,
Que bien puede ser virtud
Un noble agradecimiento.

Corrientes me recibió
Como madre cariñosa
Cuando la suerte impiadosa
De mi patria me alejó.

Cuando pisé sus lugares
Con desfallecido aliento
Me prestó apoyo y sustento
Me cobijó en sus hogares.

Cuando por justo deber
Me arrojaba a los peligros,
Sus campos siempre testigos
Fueron de mi padecer.

Cuando física dolencia
Al lecho, cruel me postraba,
La caridad me prestaba
Compasiva su asistencia.

Que el cielo libre de males,
Ruego con ferviente anhelo,
A los hijos de este suelo,
Pueblos, bosques y lugares

Y que el Todo Poderoso
Se digne de conservar
Cuanto me pudo prestar:
Sustento, abrigo y reposo.

Los que fueron inconstantes
Para mí están perdonados
No solo los gobernados,
Más también los gobernantes.

Y estando la hora llegada
De cumplir con mi destino
Grato del país correntino
Me alejo de su morada

De vosotros me despido
Hijos de este hermano suelo,
Que en mi fatal desconsuelo
Fui amparado y protegido.
Siempre seré agradecido
A vuestra humana piedad
Y así con seguridad
Cuenten con un leal amigo
Que en glorias como en peligro
Les promete su amistad.

Conclusión

Han de ver por precisión
Nuestros tiranos un día
Trocada su tiranía
En eterna humillación.

1º Por fin salvar he podido
De mi largo padecer,
Al paterno hogar volver
Y al suelo ande fui nacido
Sin descanso he padecido

Miseria y persecución
Y en extranjera nación
Un asilo he mendigado
Porque a cambear me he negado
De armas, causa y opinión.

2º Familia y comodidad
Forzoso fue abandonar
Y una protección buscar
En la oculta soledad.
Perseguido sin piedad
De un tirano gobernante
Me alejé con rumbo errante
Sin más norte que el destino
Siempre hallando en mí camino
La persecución delante.

3º Acompañé a mi partido
En sus sangrientas jornadas,
Y en horas desventuradas
Presencial testigo he sido.

Poner quisiera en olvido
Los males que he lamentado
Pero en el alma gravado
El recuerdo permanece
Y allí una lección me ofrece
El tiempo que ya ha pasado.

4º Por largos años he sido
De mi patria desterrado
Y en país extraño asilado
Y sin treguas perseguido.

Más hoy el cielo ha querido
Que a mi padre ansiado viera
Y contemplarle pudiera
En nuestra patria oprimida
Donde la luz de la vida
Miré por la vez primera.

5º Padre mío de mi ausencia
Por fin volver he podido,
Y espero pondrá en olvido
Vuestras penas mi presencia.

 Considera que a la influencia
Del mal no es fácil vencer,
Que el sufrir o el padecer
El Cielo lo ha decretado,
Y su destino marcado
El hombre trae al nacer.

José Rivas.